

Pedro Zarraluki

Para amantes
y ladrones



EDITORIAL ANAGRAMA

BARCELONA

ÍNDICE

Jueves	7
Viernes	44
Sábado	121
Domingo	191

JUEVES

El azar gusta de extrañas combinaciones. Aquel largo fin de semana fue posible gracias a un paquete con velas y a una tormenta que, a diferencia de otras veces, se estuvo anunciando durante varias horas con un rumor creciente que llevaba a pensar que venía rodando por el cielo. Mi bicicleta era una antigua Orbea muy grande, pintada de un color negro que debió de ser brillante cuando la disfrutó su primer dueño, pero que el tiempo había desvaído hasta darle la consistencia satinada y quebradiza del carbón. Pesaba mucho, y olía raro, pues yo tenía la costumbre de engrasar la cadena con manteca de cerdo que sisaba a mi padre de la cocina donde trabajaba. Mis amigos se burlaban de mi infatigable apego a los pedales. Casi todos iban ya en ciclomotor. Cuando me adelantaban por la carretera, a veces con una chica dolorida pero feliz sobre la rueda de atrás, simulaban pedalear y se reían. Eran adelantamientos lentísimos, con el ruido agónico del pistón como fondo y un aire épico de carrera ralentizada.

Yo sentía envidia de mis amigos. No por las motos, sino por las chicas. Nunca entendí que las trataran con tanta naturalidad, con ese aire cómplice de los que comparten furtivas intimidades. Suponía, torturado por un

sentimiento de desamparo rencoroso, que era una forma de alardear de unas caricias que, en mi fantasía, se volvían auténticos monumentos a la pasión. A mí me resultaba imposible imaginar siquiera aquel grado de acercamiento a las mujeres. Me atenazaba la impresión de que, aunque no tuviera nada que ocultar, me desenmascaraban con sólo mirarme a la cara. En el fondo, es probable que las novias de mis amigos vieran en mí precisamente eso: que no tenía nada que mereciera la pena ocultar, ni siquiera un deseo que fuera más allá –o más acá– de lo estrictamente genérico. Aquella primavera me faltaba un año para poder sacarme el carné de conducir y acceder así a la furgoneta de mi padre. En ello cifraba todas mis esperanzas de mundanidad, pues muy a mi pesar, pero sin saber cómo oponer resistencia a ello, me acompañaba una merceda fama de solitario.

En lugar de una chica dolorida pero feliz, llevaba sobre la rueda de atrás una gran caja de madera. Y es que mi bicicleta era, por encima de todo, un instrumento de trabajo. Con ella repartía los pedidos del colmado que tenía mi madre junto a la plaza. Compaginaba esta ocupación con la de pinche de cocina, pues mi padre, en vista de que yo, inmerso en mis muchas indecisiones, no me veía capaz de escoger un oficio o una profesión, había decidido iniciarme en el arte culinario. La cocina se me daba bien y mi padre era un buen maestro, pero yo prefería hacer los repartos. En la calle me sentía libre de controles. Además, me gustaba figonear en las casas de los clientes y observar cómo vivían.

La más interesante era la de Francisco Masdeu, un hombre ya mayor que había hecho cierta fortuna editando libros. Estaba fuera del pueblo, en la montaña. Se llegaba por un largo camino de tierra que con las lluvias se hacía difícilmente practicable. A él le gustaba así. La casa era

una gran masía restaurada, al final mismo de una línea eléctrica que, por la extremada endebles y poca verticalidad de los palos que la soportaban, más parecía un largo y fragilísimo tendedero de ropa. Francisco Masdeu –al que, por su deseo, todos llamábamos Paco– vivía solo en la casa, con la única ayuda de una mujer del pueblo que subía a hacerle las faenas y de un marroquí que cuidaba del huerto y de su criadero de aves exóticas. El editor bajaba a veces al pueblo, más por dar un paseo que por necesidad de intendencia, pues normalmente hacía los pedidos por teléfono. Llegaba caminando apoyado en un bastón y cubierto con una boina polvorienta. Compraba quesos y champagne. También alquilaba alguna película de vídeo. Luego entraba en el casino en busca de café y de un poco de conversación.

–Soy una impostura de Josep Pla –decía a quien quisiera escucharle–. Una impostura del gran impostor, que tiene su mérito.

Yo le caía bien. Decía de mí que lo mejor de mi carácter era la indecisión. Cuando me veía pasar con la bicicleta me detenía para aconsejarme que leyera autores poco dogmáticos, como Chéjov o Maupassant. También que huyera de Flaubert –al que llamaba *el gran arrollador*– hasta que no hubiera descubierto que la indecisión es una forma de lucidez. «Nunca acabes como él, llamando puta a tu heroína porque te va a sobrevivir.» Entonces yo ponía el pie en el pedal para continuar mi reparto, y Paco me preguntaba: «¿Adónde vas?»

–La verdad, no lo sé –le mentía, y él se desternillaba de risa.

Un jueves de aquella primavera regresé por la tarde al colmado después de hacer una entrega. Encontré a mi madre esperándome con impaciencia. Se retorció los dedos de las manos, pero al verme soltó un suspiro de alivio y

señaló un paquete que había preparado sobre el mostrador.

—Coge esas velas. Ha llamado Masdeu para decirme que olvidó pedir las, que se las lleves. Estaba nerviosísimo, ya sabes cómo es ese hombre. ¡Dios Santo, a mí me pone histérica! Esta noche le llegan invitados y hay tormenta. Seguro que al primer rayo se le cortará la luz. Pero es mejor que no vayas. Sí, mucho mejor. Nunca me lo perdonaría, con esta horrible tormenta que se nos viene encima. Ya está decidido: no vas a ir.

Había que saber leer a mi madre. Se trataba de que la decisión estuviera en mis manos. Si yo optaba por cumplir con su encargo era un asunto mío y lo haría bajo mi sola responsabilidad. Ella había tratado de evitarlo.

Un trueno lejano, largo como un bramido, me recibió cuando salí a la calle. El cielo, ese gran indeciso, alternaba zonas despejadas con otras en las que se arremolinaban fugaces turbulencias. Por el norte, sin embargo, asomaba una masa oscura que avanzaba rodante y realmente convencida, amenazadora. Puse el paquete de velas en la caja de la bicicleta y salí a la carretera, que discurría junto al río por entre largas hileras de chopos. Las ramas se agitaban con las ráfagas de viento y las hojas despedían una luz escasa, como espejos en penumbra. Le di con fuerza a los pedales. Poco después atravesaba el villorrio donde tiempo atrás habitaran los trabajadores de la central eléctrica. Allí, en aquel irreal y mínimo suburbio de ciudad abandonado en el campo, vivían las familias más naufragadas de la comarca y los inmigrantes marroquíes. A partir de aquel punto la carretera se internaba en las montañas por entre bosques de castaños y de encinas. Un par de kilómetros de curvas muy cerradas, y por fin la entrada al camino de tierra. Allí tenía que pedalear con la vista en el suelo para sortear las piedras. El olor a humedad y a vegetación era